

LA MAESTRA, LA ESCUELA, EL PUEBLO Y YO

(RECUERDOS DE UN SENTIMENTAL)



«Dos por dos cuatro, dos por tres seis, dos por...». Y así una y otra vez, la misma melodía se repetía incesante, machacona. «... dieciseis, dos por...». Y la escuela era un coro. Un hermoso coro infantil e inocente.

Aún recuerdo el olor. Quizás sea la sensación de más impacto en mi mente. Aquel aroma, mezcla de lápiz, tinta, goma de borrar...

Y la puerta se abría. «Buenos días doña Rosa». «Buenos días David». Y apoyado en mis muletas pasaba delante de la enorme mesa, (al menos mi pequeñez, la veía inmensa) donde doña Rosa, con su gesto entre severo y bonachón, vigilaba, con aquellos sus ojos penetrantes, la clase de las chicas. Tras

la mampara, los pupitres, gastados por el uso. Nombres y signos en la tapa. Grabados en anteriores generaciones. Tinteros coloreados con aquel azul que aparecía, desvaído, en manchones, por diversos lugares del pupitre.

La cartera, de trapo, confeccionada con amor por la tía Lorentxa y la ayuda de su vieja «Singer». Y en su anterior, la cartilla (la p con la a, pa, la p con la e, pe...). El cuaderno de caligrafía (de dos rayas). Y el de cuentas (de cuadrillos). Y por fin, el «plumier». En su panza, la pluma, los plumines, los lápices, el sacapuntas, la goma de borrar... Y el pizarrín. ¡Ah! Aún quedaba algo. Sí, la pizarra. Con aquel trapo que colgaba de

uno de sus lados. Borrador de balbuceos lineales. Figuras, letras y números incipientes. Trapo-tumba de ilusionados signos infantiles.

* * *

«Silencio». La voz de contralto de doña Rosa, resúena por toda la escuela. Y durante un rato, sólo se escucha el rasgueo de los plumines. Y alguna tos. De la «manttala» surge un pañuelo, tosco y recio.

En la calle, la cuesta que sube al «topo», flanqueada por plataneros. Y la fábrica de cafeteras. Y al final, la estación. Vagones de madera, que se mecen al son de un rítmico traqueteo. Y la quietud de las huertas que, tras la escuela, verdean las laderas de la muralla. Y sobre esta, las casas de «Goiko-kale». Mi casa, de un rosa ajado. Y barandilla corroída por las aguas y vientos. Más arriba, el castillo, mole de sillares centenarios. Y a su vera, el lavadero. Chorros de agua, que apagan voces de mujeres.

Doña Rosa, infatigable, atiende la lectura. «Así no, otra vez». Paciencia de ancho corazón, entregado a su labor. Maestra de maestras. Las cuentas. «Ahora, la prueba del nueve». Y el rasgueo, más bien chirrido, del pizarrín, se eleva sobre el murmullo infantil. Y los mocos, aspirados ruidosa y velozmente, desaparecen al contacto de la mirada inquisidora de doña Rosa.

Suena la campanilla. Las campanadas de la torre de la iglesia, acaban de anunciar el mediodía. Y el «Angelus». El bullicio se arremolina ante la puerta. Luego, el tropel se desparrama por la cuesta. A la velocidad que me permiten las muletas, corro hacia arriba. Las escaleras. «Goiko-kale». El depósito. Y abajo, «On-bide».

«Pura-bota-ura». Y descenso urgente al sótano, tras las voces airadas de la mujer.

Allí, D. Jesús, sentado al armonio. Y una cola de niños, con el método en la mano. Solfeo de los solfeos. «La dieciséis». «Mi, fa, sol, mi, la, sol, fa...». Huele a humedad. Y tras la ventana, se adivinan los gatos que escuchan atentos. «...mi, sol, do». «Bien, para mañana, la siguiente».

Después de comer, volvemos a la escuela. Desde la «plaza», (llamábamos así al antiguo Mercado, sito en la actual de Xempelar) suben los niños con lentitud. «Txulo». Se oye el chocar de las canicas. Discusiones. Gritos. Luego, paz. Las niñas juegan a «chinglos». O a la «cuerda». Desde la puerta, doña Rosa agita la campanilla. «Buenas tardes». Y de nuevo, olor a escuela. Mapas desvaídos. La gran mesa. Y el tablero, limpio y negro.

Al rato, aparece D. José. Cuerpo menudo, rodeado de sotana. «Ave María Purísima». «Sin pecado concebida». Y su cara, como esculpida en roca, se abre en una sonrisa. «Aita gurea». La Doctrina. Preguntas y respuestas exactas. No importa entenderlas. Hay que saberlas. «Cuando seáis mayores, lo comprenderéis».

Y así pasa la tarde. «Hasta mañana». Y la puerta se cierra tras el bullicio. Aunque doña Rosa, incansable, continúa corrigiendo cuadernos.

Al rato, las calles del barrio se llenan de voces. Bocadillos. Jugamos al «pote-bule». O a «tres navíos».

La noche se cierne sobre el empedrado. Se oye el mugido de los bueyes. Rumian y patean los adoquines. Esperan frente al «Chato». Ahora sí, el «acullu» pincha carne. Y el carromato se pone en movimiento. Una fragancia a helecho se despa-

rrama por la calle. Y de algún sitio, surge el olor a sidra. Son los olores de mi calle, de mi infancia, que han desaparecido para siempre. Igual que mi escuela. Y doña Rosa. Y don José. Y tantas otras cosas.

* * *

Un día llovió con fuerza. Y siguió así, sin parar.

La huerta se llenó de agua. Los animales se ahogaron. Y la cuesta se convirtió en río. Su desembocadura cubrió la «plaza». Y el «Lekuzarra», que estaba en alto, sufrió, en seguida, el asalto de la tromba. También la paraguera de «Urkía», a su lado, se inundó por completo.

Incluso los urinarios que, al comenzar la subida, despedían su peculiar aroma tras el verde enrejado de madera, se vieron anegados por el furor del vendaval.

Mientras tanto, doña Rosa esperaba en la puerta a los «naufragos» de la riada. Los que vivíamos en las zonas altas del pueblo, acudimos como siempre, aunque, por esta vez, el fragor de la tormenta, apagase los pitidos del tren de «Arditurri», que en su pequeñez, atravesaba, altivo, las laderas de «Gaztaño».

Nuestros ojos infantiles, contemplaban el desaguisado, con admiración. El panorama habitual había cambiado. El pueblo era un mar. Y las casas parecían barcos inmóviles. Llenos de balcones y ventanas. Y de gente que contemplaba, con estupor, la insólita escena.

El ambiente en la escuela, era también diferente. Faltaban muchos niños. Y quizás, por vez primera, el silencio se hacía notar. Doña Rosa impartía la clase, como siempre, imperturbable. Ningún elemento atmosférico por desatado que estuviere, podría alterar la trayectoria vocacional de nuestra maestra.

Y cuando bajaron las aguas, el barro se adueñó de las calles.

Y las tiendas comenzaron a vomitar sus prendas deterioradas.

Y las mujeres limpiaban los portales con ahínco. Poco a poco, la normalidad se abría paso por el fango. Y la riada, quedó en nuestro recuerdo, como una cosa extraña e imponente.

* * *

El sol calienta la tarde tranquila de Junio. Sentado frente a mis recuerdos. Que resbalan, con suavidad, por mi cerebro. Olfateo el azul, de un limpio casi transparente. Y el éter me devuelve sensaciones antiguas. Quizás aquel olor de mi escuela. O el de aquella calle empinada, cubierta de adoquines. Y la visión de los pupitres. Y los tinteros. Y los mapas de colores rancios. Y la maestra, por encima de todo. A flote sobre nuestras almas infantiles. Inocentes. Incapaces de odiar y guardar rencor. Ella abrió surcos en nuestros corazones, con su reja de paciencia y sacrificio. Después, la vida ha cubierto las hendiduras, con toda clase de simientes. Y polvo de rencillas, orgullos y desprecios.

Mas, en el fondo, el recuerdo de nuestra escuela, de nuestra maestra. Y de nuestro pueblo «cuando-el-verde-superaba-al-cemento», es aire puro que ensancha los pulmones del espíritu. Y nos hace revivir con nostalgia, la época de nuestra niñez.

DAVID MARIA TELLECHEA SANTAMARTA